

BIBLIOTECA CANARIA

NARRACIONES HISTORICAS

JUAN DE BETHENCOURT

POR

JULIO VERNE



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Juan de Bethencourt

NARRACIONES HISTORICAS

JUAN DE BETHENCOURT

POR

JULIO VERNE



LIBRERIA HESPERIDES.— (CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

3/36

I

El año de 1339 nació en el condado de Eu, en Normandía, Juan de Bethencourt, barón de Saint-Martin-le-Gaillard. Era de ilustre familia, y habiéndose distinguido en la guerra y en la navegación llegó a ser chambelán de Carlos VI.

Cansado del servicio de la corte durante la demencia del rey, y poco feliz, además, en su matrimonio, resolvió dejar su país y hacerse célebre en alguna arriesgada conquista. He aquí cómo se le presentó la ocasión.

Existe sobre la costa africana un grupo de islas llamadas las Canarias, conocidas en otro tiempo con el nombre de Afortunadas. Juba, hijo del rey de Numidia, las había ya explorado, según nos refiere la tradición, por el año 776 de Roma. En la Edad Media, si hemos de creer ciertos relatos, visitaron parte de este interesante grupo, viajeros árabes, genoveses, portugueses, españoles y vizcaínos. Por fin, en 1393, un señor español llamado Almonaster, que mandaba una expedición, hizo un desembarco en Lanzarote, una de las Canarias, llevando consigo al retirarse, además de un cierto número de prisioneros, productos que atestiguaban la gran fertilidad del Archipiélago.

Este hecho parece que dió el aviso al caballero normando. La conquista de las Canarias le alucinó y, hombre piadoso, resolvió convertir a los canarios a la fe católica. Era un hombre valeroso, inteligente, recto, acaudalado. Abandonó su palacio de Grainville-la-Teinturière, de Caux, y se dirigió a la Rochelle. Allí se encontró al caballero Gadifer de la Salle, también afanoso de aventuras. Juan de Bethencourt le refirió sus proyectos de expedición y Gadifer le propuso que se uniera a él para probar fortuna juntos. Se hicieron mutuos ofrecimientos; cambiaron

explicaciones largas de contar, y el trato quedó convenido.

Sin embargo, Juan de Bethencourt había reunido su ejército. Contaba con buenos navíos, abundantemente provistos de gente y de vituallas. Ambos personajes se dieron a la vela y, después de haberse visto contrariados por los vientos al paso de la isla de Rá y más aún por las disensiones que con frecuencia se provocaban a bordo entre los jefes y el equipaje, llegaron al puerto de Vivero, en la costa de Galicia, y luego a la Coruña. Allí se detuvieron ocho días. Los franceses tuvieron un lance con un llamado conde de Escocia que se mostró grosero con ellos; pero todo se redujo a cambio de palabras.

El barón se hizo de nuevo a la mar, dobló el cabo Finisterre, siguió la costa portuguesa hasta el cabo de San Vicente, y llegó al puerto de Cádiz, donde permaneció bastante tiempo. También allí tuvo que habérselas con unos mercaderes genoveses que le acusaban de haberles tomado un barco, y hasta tuvo que ir a Sevilla donde el rey Enrique III le hizo justicia poniéndole al abrigo de toda acusación. Juan de Bethencourt regresó a Cádiz y encontró una parte de su equipaje en completa insubordinación. Sus marineros,

temerosos de los peligros de la expedición, no querían continuar el viaje; pero el caballero francés, quedándose con los más decididos y despidiendo a los cobardes, hizo aparejar, y dejando el puerto, se lanzó a la mar.

El navío del barón se vió detenido durante tres días por tenaces calmas; después mejoró el tiempo y a los cinco días llegó a la Graciosa, uno de los islotes del grupo de las Canarias, pasando de allí a Lanzarote, isla ya de mayor importancia, cuya longitud es de 44 kilómetros por 16 de latitud, y semejante en extensión y figura a la isla de Rodas. Había en ella muchas fuentes y cisternas de excelente agua, y se producían en abundancia la planta tintórea llamada orchilla. En cuanto

a los habitantes de la isla, que vivían casi desnudos, eran de elevada estatura, bien formados, y sus mujeres, vestidas con una especie de hopalanda de piel que les llegaba casi al suelo, eran hermosas y honestas.

Juan de Bethencourt deseaba apoderarse de algunos indígenas antes de que sus proyectos de conquista fuesen conocidos. Pero no conocía el país y la operación era difícil. Se decidió, pues, a fondear al abrigo de otro islote, situado más al Norte y, reuniendo su consejo de nobles, les pidió su dictamen respecto a lo que convendría hacer.

El consejo fué de opinión de que era necesario a todo trance, valiéndose de la seducción o de la astucia, apoderarse de algunos indígenas. La fortuna favoreció al bravo caballero. Guadarfía, rey de la isla, entabló relaciones con él, y juró obediencia, como amigo, no como súbdito. Juan de Bethencourt hizo construir un castillo o mejor dicho un fuerte en la costa Sudoeste de la isla, en el que dejó algunos hombres a las órdenes de Bertín de Berneval, hombre inteligente y fiel, y marchó con el resto de la expedición a la conquista de la isla Erbania, o Fuerteventura.

Gadifer aconsejó efectuar un desembarco durante la noche, y así se hizo; luego tomó

el mando del pequeño ejército y, por espacio de ocho días recorrió la isla sin lograr encontrar uno solo de sus habitantes que se habían refugiado en las montañas. Fulto de víveres, se vió obligado a regresar y desembarcó en el islote de Lobos, situado entre Lanzarote y Fuerteventura. Pero allí el piloto se rebeló contra él, costándole no poco trabajo regresar con el barón a Lanzarote.

En tales circunstancias, resolvió Juan de Bethencourt regresar a España a fin de reunir provisiones y un nuevo contingente de hombres y de armas, pues ya no podía contar con su tripulación. Dejó, pues, a Gadifer al mando de las islas, se despidió de su compañía y se embarcó en un navío perteneciente a su colega de aventuras.

III

Ya hemos dicho que Juan de Bethencourt había nombrado a Bertín de Berneval comandante del fuerte de Lanzarote. Este Berneval era enemigo personal de Gadifer, y así fué que, apenas se había embarcado el caballero normando, trató de indisciplinar a sus soldados consiguiendo arrastrar a algunos, particularmente gascones, a rebelarse contra el gobernador. Este, que no sospechaba las maquinaciones de Berneval, se ocupaba en perseguir los lobos marinos en el islote de Lobos,

En compañía de su amigo Remonnet de Lève-
dan y de otros muchos. Este Remonnet fué
enviado a Lanzarote en busca de víveres y no
encontró allí a Berneval, que había abando-
nado la isla con sus cómplices para dirigirse
a un puerto de la Graciosa, donde un patrón
de barco, engañado por sus promesas, había
puesto un buque a su disposición.

Desde la Graciosa volvió a Lanzarote el
traidor Berneval, que llegó al colmo de su
ruindad simulando una alianza con el rey y
con los habitantes de la isla. El rey, no pu-
diendo figurarse que un oficial del Sr. de
Bethencourt, en quien tenía absoluta con-
fianza, pudiera engañarlo, vino con veinte-
cuatro de sus vasallos a ponerse a disposición
de Berneval. Este, en cuanto se durmieron,
los hizo prender y conducir al puerto de la
Graciosa. El rey, al verse traidoramente en-
gañado, rompió sus ligaduras, libertó a tres
de sus hombres y huyó con ellos; pero sus
desgraciados compañeros quedaron prisione-
ros y fueron entregados por Berneval a unos
españoles que luego los vendieron en extran-
jera tierra.

Pero no fué esta sola la infamia de Ber-
neval. Por orden suya sus compañeros se apo-
deraron del navío que Gadifer había enviado
al fuerte de Lanzarote en busca de víveres.

Remonnet quiso luchar con los traidores, pero él y los suyos eran pocos y ni sus súplicas pudieron evitar que la gente de Berneval, y el mismo Berneval en persona, les robaran y destruyeran las provisiones, las herramientas y las armas que Juan de Bethencourt había reunido en el fuerte de Lanzarote. A estas infamias unieron los insultos, y Berneval exclamó: «Quiero que Gadifer de la Salle sepa que si fuese tan joven como yo, iría a matarlo; pero como no lo es, lo perdono. Sin embargo, como trate de molestarme, lo haré ahogar en la isla de Lobos para que se dedique a la pesca de lobos marinos.»

Sin embargo, Gadifer y diez de sus compañeros, sin víveres y sin agua, estaban expuestos a perecer en la isla de Lobos. Afortunadamente, los dos capellanes del fuerte de Lanzarote, habían ido al puerto de la isla Graciosa y consiguieron interesar a un patrón de barco, irritado también con la traición de Berneval. Este patrón le dió uno de sus compañeros, llamado Jiménez, que regresó al fuerte de Lanzarote. Encontrábase allí un frágil barquichuelo que Jiménez cargó de víveres, y embarcándose en él con cuatro de los hombres más fieles a Gadifer, se aventuró a ganar el islote de Lobos, distante cuatro leguas, salvando «el paso más horrible

de cuantos se encuentran en aquellos mares.»

Gadifer y los suyos eran víctimas de las más horribles torturas ocasionadas por el hambre y la sed. Jiménez llegó a tiempo de evitar que sucumbieran, y Gadifer, enterado de la traición de Berneval para con los pobres canarios, a los cuales el señor de Bethencourt y él habían jurado protección, jamás hubiera pensado que aquel traidor se hubiera atrevido ni a intentar lo que había hecho; él, a quien siempre había considerado como a uno de los más honrados de la expedición.

Durante aquel tiempo ¿qué había hecho Berneval? Después de haber traicionado a su señor y a sus compañeros, que le habían ayudado a realizar sus fechorías, hizo desembarcar a doce de ellos, y partió con intención de reunirse en España con Juan de Bethencourt y de hacerle aprobar su conducta, contándole las cosas a su manera. Tenía, pues, la intención de deshacerse de testigos importunos y los abandonó. Aquellos infelices pensaron primero implorar la generosidad del gobernador y se confesaron al capellán, que los alentó en esta idea. Pero aquellas pobres gentes, temiendo la venganza de Gadifer, se apoderaron de una lancha y, en un momento de desesperación, huyeron a la costa

de Africa. Después de perder diez hombres que se ahogaron en la travesía, la lancha llegó a Berbería y su tripulación quedó prisionera de los moros que los hicieron esclavos,

IV

En la época en que esto sucedía en Lanzarote, Juan de Bethencourt llegaba a Cádiz en el navío de Gadifer. Allí tomó medidas de rigor contra los hombres de su equipaje inclinados a la rebelión, haciendo prender a los principales. Luego envió su navío a Sevilla, donde se encontraba entonces el rey Enrique III; pero el buque naufragó en el Guadalquivir, ocasionando grandes pérdidas a Gadifer.

Al llegar a Sevilla Juan de Bethencourt,

encontró allí a un tal Francisco Calvo, que había ido precipitadamente de Canarias y que ofrecía regresar con provisiones para el gobernador, pero el barón de Bethencourt no quiso tomar ninguna decisión sin oír antes al rey.

En este estado las cosas, llegó Berneval con sus principales cómplices y algunos canarios que había llevado con intención de venderlos como esclavos. Aquel infame esperaba sacar partido de su traición y sorprender la buena fe de Juan de Bethencourt; pero no había contado con un tal Courtille, trompeta de Gadifer, que se hallaba entre los suyos. El bravo soldado denunció las infamias de Berneval y consiguió que él y su gente fuesen encerrados en la prisión de Cádiz. Courtille hizo conocer, además, la situación de los canarios presos a bordo, y el caballero normande, que no podía salir de Sevilla en el momento en que iba a obtener la audiencia del rey, dió orden para que los insulares fuesen tratados con toda clase de consideraciones. Pero, durante este tiempo, el navío que los conducía fué a un puerto del Mediterráneo y allí aquellos infelices fueron vendidos como esclavos.

Sin embargo, Juan de Bethencourt había logrado ser recibido por el rey de Castilla y,

después de haberle contado el resultado de su expedición, le dijo: «Señor, vengo a pedir socorros, y que me permitáis conquistar a la fe cristiana las islas Canarias, y puesto que vos sois rey y señor de todos esos países y el rey cristiano más próximo, he venido a pedir vuestra venia suplicándoos que me recibáis para rendiros homenaje.»

El rey recibió gozoso los homenajes del caballero normando, le dió el señorío de las islas Canarias, y además el quinto de las mercancías que de dichas islas se importasen en España; le entregó veinte mil maravedises para comprar provisiones que enviar a Gadifer y concedióle el derecho de acuñar moneda en las islas.

Desgraciadamente, aquellos veinte mil maravedises fueron confiados a un hombre de mala fe que se huyó a Francia, llevándose el donativo del rey de Castilla.

Sin embargo, Juan de Bethencourt obtuvo además de Enrique III un navío bien aparejado y tripulado por ochenta hombres, bien provistos de víveres, armas y herramientas. El barón, reconocido de la generosidad del rey escribió a Gadifer el relato de todo lo que había hecho, su extrema irritación y su desaliento al enterarse de la conducta de Ber-

nóval, en quien tenía confianza, y le anunciaba la próxima salida del barco dado por el rey de Castilla.

M

Durante aquel tiempo se produjeron en Lanzarote graves acontecimientos. El rey, Guadarfia, ofendido de la conducta del traidor Berneval, se habia sublevado, y algunos compañeros de Gadifer fueron muertos por los canarios. Gadifer estaba resuelto a exigir el castigo de los culpables, cuando un pariente del rey, el indígena Ache, vino a proponerle que se apoderase de Guadarfia y que lo destronase proclamándole a él rey de la isla. Este Ache era un malvado que, des-

pués de haber hecho traición a su rey, se proponía hacerla a los normandos y arrojarlos del país. Gadifer, que no sospechaba sus malas intenciones y queriendo vengar la muerte de los suyos, aceptó las proposiciones de Ache, y, poco tiempo después, la víspera de Santa Catalina, fué sorprendido el rey y llevado prisionero al fuerte.

Algunos días más tarde, Ache, proclamado nuevamente rey de la isla, atacó a los compañeros de Gadifer, hiriendo a muchos mortalmente. Pero la noche siguiente, Guadarfía, que había logrado escaparse, se apoderó a su vez de Ache e inmediatamente lo hizo apedrear y quemar.

El gobernador, muy irritado con las violentas escenas que se repetían diariamente, resolvió matar a todos los hombres del país, exceptuando sólo las mujeres y los niños para hacerlos bautizar. Pero en aquel tiempo llegó el navío enviado por Juan de Bethencourt, y otras atenciones distrajeron a Gadifer. Este navío, además de sus ochenta hombres y de las provisiones que llevaba, era portador de una carta en la que Bethencourt, entre otras cosas, decía a Gadifer, que había hecho homenaje de las Islas Canarias al rey de Castilla, lo que no agradó al Gobernador, que pensaba tener su parte en las islas. Pero

disimuló su descontento y dispuso buena acogida a los recién llegados.

El desembarco de los víveres y de las armas se hizo enseguida y Gadifer se embarcó en el mismo navío con objeto de explorar las islas vecinas. Iba acompañado de Remonnet y de otros muchos, y llevaba consigo dos canarios para que le sirvieran de intérpretes.

VI

Gadifer llegó sin dificultad a Fuerteventura. Pocos días después de su desembarco, partió con treinta y cinco hombres a explorar el país; pero muy pronto, la mayor parte de su gente le abandonó, quedándose sólo con trece hombres, dos de ellos archeros. Gadifer continuó no obstante su exploración, y después de haber vadeado un riachuelo, penetró en un magnífico valle sombreado por ochocientas palmeras. Después de descansar emprendió de nuevo la marcha subiendo una larga ladera.

Allí se le aparecieron unos cincuenta indí-

genas, que rodeando al pequeño ejército, amenazaron exterminarlo. Gadifer y sus compañeros se defendieron bien y consiguieron poner en fuga a los enemigos, logrando reembarcarse al anochecer, llevando consigo cuatro mujeres prisioneras.

Al siguiente día, Gadifer dejó Fuerteventura y se dirigió a Gran Canaria, fondeando en un gran puerto cerca de Telde. Quinientos indígenas le salieron al encuentro, pero sin hacer demostraciones hostiles; cambiaron productos del país, tales como higos y sangre de drago, cuyo olor balsámico es muy agradable, por anzuelos y pedazos de hierro. Sin embargo, estos isleños se mantenían en guardia contra los extranjeros, pues ya estaban escarmentados de la gente del capitán López que, veinte años antes, había hecho una irrupción en la isla, y no permitieron a Gadifer que desembarcara.

El gobernador se vió, pues, obligado a levar anclas sin haber explorado la Gran Canaria y se dirigió a la isla del Hierro. Después de costearla solamente, llegó de noche a la Gomera en la que brillaban fuegos de los indígenas. Cuando amaneció, algunos compañeros de Gadifer quisieron desembarcar; pero los gomeros, muy temibles por su agilidad e intrepidez, se precipitaron sobre los inva-

sorés que tuvieron que reeembarcarse a toda prisa.

Gadifer, disgustado de la acogida que le habían dispensado aquellos insulares, resolvió tentar de nuevo la fortuna en la isla del Hierro. Partió, pues, y llegó de día a la isla, donde pudo desembarcar sin obstáculo, permaneciendo en ella veinte y dos días sin ningún contratiempo.

La isla era magnífica en su parte central. Más de cien mil pinos la cubrían. Arroyos transparentes y abundantes la regaban en todas direcciones; las codornices se venían a las manos y se encontraban en gran abundancia cerdos, cabras y ovejas.

De esta isla hospitalaria pasaron los conquistadores a la de la Palma, y fondearon en un puerto situado a la derecha de un río. Esta isla era la más avanzada en el Océano y estaba cubierta de pinos y de dragos, regada por muchos ríos, revestida de espléndida verdura y podía servir para toda clase de cultura. Sus habitantes, altos, robustos y bien formados eran de fisonomía agradable y de piel muy blanca.

Gadifer permaneció poco tiempo en esta isla; sus marineros hicieron aguada para el regreso y en dos noches y dos días, después de haber costeadado las otras islas del archipié-

lago sin desembarcar, llegaron al fuerte de Lanzarote. Habían estado ausentes tres meses, durante los cuales sus compañeros, siempre en guerra con los indígenas, habían hecho gran número de prisioneros, y los canarios, desmoralizados, venían diariamente a rendirse a discreción y a implorar la consagración del bautismo. Gadifer, satisfecho de estos resultados, hizo partir para España a uno de sus oficiales a fin de dar cuenta a Juan de Bethencourt del estado de la colonia canaria.

VII

El enviado del gobernador no había aún llegado a Cádiz cuando el barón de Bethencourt desembarcaba en persona en el puerto de Lanzarote, con una «buena, aunque escasa compañía». Gadifer y sus compañeros le dispensaron entusiasta acogida, lo mismo que los canarios bautizados. Pocos días después, el rey Guadarfía vino en persona a rendirse, y el año 1404, el 20 de Febrero, se hizo cristiano con todos sus compañeros. Los capellanes de Juan de Bethencourt redactaron, para ellos, una instrucción sencilla conteniendo los principales elementos del Cristianismo, la creación del mundo, la caída de Adán y Eva,

la historia de Noé y de la torre de Babel, la vida de los patriarcas, la historia de Jesucristo y de su crucifixión por los judíos; y, explicando, en fin, los diez mandamientos de la ley, el santo sacramento del altar, la pascua, la confesión y otros puntos.

Juan de Bethencourt era hombre ambicioso. No contento con haber explorado y, por decirlo así, tomado posesión del archipiélago canario, soñaba con conquistar las regiones del Africa que baña el Océano. Este era su secreto pensamiento al regresar a Lanzarote y sin embargo, aún le faltaba mucho para establecer una dominación efectiva en el grupo de islas de las que verdaderamente no era más que el señor nominal. Resolvió, pues, acometer la empresa y visitar en persona todas las islas que ya Gadifer había explorado.

Pero, antes de partir, tuvo una entrevista con Gadifer, cuyos detalles será bueno referir. Gadifer, ponderando sus servicios, pidió al barón que los recompensara haciéndole donación de Fuerteventura, de Tenerife y de la Gomera.

—Amigo mío, le replicó el barón, las islas y el país que me pedís no están aún conquistados; pero mi intención no ha sido nunca dejar sin recompensa vuestros servicios, que bien la merecen. Por de pronto, os suplico

que acabemos nuestra obra y que sigamos siendo amigos y hermanos.

—Ese es mi deseo,—replicó Gadifer—; pero hay una cosa con la que no estoy contento: con que hayáis hecho ya homenaje de las islas Canarias al rey de Castilla, y con que os considereis señor absoluto de ellas.

—Es verdad, —respondió Juan de Bethencourt— que he hecho ese homenaje y que me considero verdadero señor, porque así lo quiere el rey de Castilla. Pero si quereis aguardar al fin de la empresa, para contentaros os dejaré algo que os satisfaga por completo.

—Yo no permaneceré mucho tiempo en este país, —contestó Gadifer—, pues necesito volver a Francia. No quiero estar más aquí.

Los dos compañeros se separaron; pero Gadifer se aplacó poco a poco y no se negó a acompañar al barón durante su exploración del archipiélago.

Juan de Bethencourt, bien provisto y bien armado, se dió a la vela en dirección a Fuerteventura, donde permaneció tres meses, apoderándose, desde luego, de un gran número de indígenas que hizo transportar a Lanzarote. A nadie admirará esta manera de proceder que era la acostumbrada en una época en que todos los exploradores hacían lo mismo.

VIII

Durante su permanencia en Fuerteventura, el barón recorrió toda la isla, después de haberse fortificado contra los ataques de los indígenas, que eran de elevada estatura, fuertes y firmes observadores de su ley. Sobre la vertiente de una montaña, fué construída una fortaleza, cuyos restos se descubren aún en medio de un caserío.

En aquella época, Gadifer, aunque no había olvidado su mal humor,—que con frecuencia se traducía en duras palabras—, aceptó el mando de una compañía que el barón puso a su disposición para conquistar la Gran Canaria.

Partió el 25 de Julio de 1404; pero aquella expedición no dió ningún resultado útil. Comenzaron los expedicionarios por verse contrariados por tempestades y vientos contrarios. Al fin llegaron cerca del puerto de Telde; pero como se acercaba la noche y la brisa soplaba con fuerza, no se atrevieron a desembarcar en aquel paraje y se dirigieron a la playa de Arguineguín, frente a la cual permanecieron fondeados once días. Allí, los naturales, excitados por su rey Artamy, colocaron trampas que estuvieron a punto de ser fatales para la gente de Gadifer. Hubo escaramuzas, se vertió sangre, y los castellanos, no creyéndose en número bastante, se dirigieron a Telde y a los dos días hicieron rumbo para Lanzarote.

Gadifer, contrariado en sus pretensiones, empezaba a encontrar inalo todo cuanto le rodeaba. Los celos que sentía contra su jefe aumentaban cada día y llegaban a traducirse en violentas recriminaciones, repitiendo sin cesar que el barón de Bethencourt trabajaba sólo para sí, y que la empresa no estaría tan adelantada si otros no le hubiesen ayudado. Estas palabras llegaron a oído del barón, que se irritó en extremo. Atribuyólas, como era natural, al envidioso Gadifer, lo que ocasionó una acalorada reyerta entre ambos. Gadi-

fer persistía en su idea de dejar un país en el que cuanto más tiempo permaneciera menos ganaría. Entonces, Juan de Bethencourt, que había dispuesto sus asuntos para regresar a España, propuso a Gadifer que le acompañara, para procurar llegar a un acuerdo. Gadifer aceptó; pero los dos rivales no hicieron el viaje juntos, sino cada uno partió en su respectivo barco. Al llegar a Sevilla, hizo Gadifer sus reclamaciones; pero el rey de Castilla no las atendió, aprobando plenamente la conducta del barón de Bethencourt. Gadifer dejó a España, regresó a Francia y no volvió más a las islas Canarias, que él había esperado conquistar por su propia cuenta.

El barón de Bethencourt se despidió del rey al poco tiempo, pues la administración de la naciente colonia reclamaba imperiosamente su presencia. Antes de su marcha, los habitantes de Sevilla, que le querían mucho, le hicieron grandes obsequios, y, lo que era más útil, le proveyeron de armas, de víveres, de oro y de plata.

Juan de Bethencourt llegó a la isla de Fuerteventura, donde fué entusiastamente recibido por sus compañeros. Gadifer, al partir, había dejado en su lugar a su bastardo Anníbal, a quien, sin embargo, el barón acogió con agasajo.

IX

Los primeros días de la instalación del barón de Bethencourt en la isla se señalaron por numerosos combates con los isleños, que llegaron hasta destruir la fortaleza después de haber quemado una capilla y robado las provisiones. El barón los persiguió con rigor, obteniendo al fin la victoria. Llamó a muchos de los suyos que se habían quedado en Lanzarote y dió orden para que la ciudadela fuese reconstruída inmediatamente.

Sin embargo, los combates menudeaban,

pereciendo en ellos muchos canarios, y entre éstos un famoso gigante de nueve pies de alto que Juan de Bethencourt hubiera querido coger vivo. El barón no podía fiarse en el bastardo de Gadifer, ni en las gentes que le acompañaban, pues aquél había heredado el odio de su padre al barón; pero éste, que necesitaba su ayuda, disimulaba su desconfianza. Afortunadamente, sus gentes eran más que las que permanecían fieles a Gadifer. Sin embargo, las recriminaciones de Annibal llegaron a tal punto que el barón le envió uno de sus lugartenientes, Juan Courtois, para recordarle su juramento y exigirle que lo cumpliera.

Juan Courtois fué mal recibido, teniendo que sostener una agria polémica con el bastardo y los suyos, principalmente respecto a ciertos prisioneros canarios que los partidarios de Gadifer retenían indebidamente y que no querían entregar. Annibal, sin embargo, tuvo que odebecer; pero Juan Courtois, al reunirse de nuevo al barón, le contó las insolencias del bastardo y trató de excitar contra él la cólera de su señor.

—«No, amigo mío;—le respondió el justo Bethencourt—, no quiero que se les haga daño ni a él ni a los suyos. No debe hacerse todo lo que en derecho se pudiera, y siempre

debe procurarse conservar el honor antes que el provecho». Hermosas palabras que muchas veces debieran imitarse.

Sin embargo, a pesar de estas discordias intestinas, la guerra continuaba entre indígenas y conquistadores; pero éstos, bien armados y «artillados», obtenían la ventaja en todos los encuentros. Los reyes de Fuerteventura enviaron un parlamentario al barón para pedirle una tregua, añadiéndole que su deseo era convertirse al cristianismo. El barón, contentísimo con esta noticia, respondió que los reyes serían bien y con alegría recibidos, si se presentaban.

Inmediatamente, el rey de Maxorata que reinaba al Noroeste de la isla, se presentó con un séquito de veinte y dos personas, y fueron todos bautizados el 18 de Enero de 1495. Tres días después, otros veintidós indígenas recibían el sacramento del bautismo. El 25 de Enero, el rey que gobernaba la península de Jandía, al Sudoeste de la isla, se presentó seguido de veintiseis de sus súbditos, que fueron igualmente bautizados. En poco tiempo todos los habitantes de Fuerteventura abrazaron la religión católica.



El barón de Bethencourt, satisfecho con aquel gran éxito, pensó entonces en volver a su país. Dejó el mando y el gobierno de las islas a su nuevo lugarteniente, Juan Courtois, y partió el 31 de Enero, entre los llantos y las bendiciones de sus compañeros, llevándose consigo tres canarios y una canaria, a los que quería enseñarles el reino de Francia. Partió. «Quiera Dios llevarlo y traerlo», dice la relación.

A los veinte días llegó al puerto de Hon-

fleur el barón de Bethencourt, y dos más tarde se hallaba en brazos de su esposa en su castillo de Grainville. Todos los señores del país fueron a felicitarle, y a todos los recibió el barón con gran agasajo. La intención de Juan de Bethencourt era regresar pronto a las islas Canarias, contando con llevar consigo el mayor número posible de compatriotas que quisieran seguirle. Ofreciéndoles tierras en aquel lejano país. De este modo consiguió reunir un número considerable de emigrantes, entre los que había veintiocho hombres de armas; de éstos, veintitrés llevaban sus mujeres. Dos barcos estaban dispuestos para el transporte de los expedicionarios, que habían de estar embarcados el día 6 del próximo mayo; y el día 9 se hicieron a la vela, llegando a Lanzarote a los cuatro meses y medio de haber dejado el barón el archipiélago.

El señor normando fué recibido al son de trompetas, clarines, tambores, arpas, bocinas y otros instrumentos. «No se hubieran oído los truenos con la melodía que producían». Los indígenas saludaron con sus danzas y sus cantos el regreso del gobernador, y gritaban: «¡ Ahí viene nuestro rey !» Juan Courtois llegó precipitadamente a saludar a su jefe, que le preguntó cómo marchaba la colonia. «Se-

ñor; todo va mejorando de día en día», le respondió Courtois.

Los compañeros de Juan de Bethencourt fueron alojados con él en el fuerte de Lanzarote, y a todos parecía agradecerles mucho el país. Los dátiles y demás frutas que se producían en él les parecieron excelentes, «y nada les hacía daño.»

Después de haber permanecido algún tiempo en Lanzarote, partió Juan de Bethencourt con sus nuevos compañeros a visitar la isla de Fuerteventura. La acogida que allí les dispensaron no fué menos entusiasta, sobre todo por parte de los indígenas, y de sus dos reyes, que cenaron con el barón en la fortaleza que Juan Courtois había hecho reparar.

Bethencourt manifestó entonces su intención de conquistar también la Gran Canaria. Su pensamiento era que su sobrino Maciot de Bethencourt, que había traído de Francia, le sucediese en el gobierno de las islas, a fin de que no se extinguiese jamás en éstas el apellido de Bethencourt. Reveló su proyecto a Juan Courtois, que lo aprobó plenamente y añadió: «Señor, si Dios quiere, cuando volváis a Francia, yo os acompañaré. Soy un mal marido; hace cinco años que no veo a mi esposa.»

XI

La salida para Gran Canaria se fijó para el 6 de Octubre de 1405, embarcándose los expedicionarios en tres navíos; pero el viento los arrastró primero hacia la costa de Africa, más allá del Cabo Bojador, donde desembarcaron. Hicieron un reconocimiento en una extensión de ocho leguas y se apoderaron de algunos indígenas y de tres mil camellos, que llevó a la playa, embarcando el mayor número posible, considerando lo útil que sería aclimatar estos animales en las Canarias; y se

hizo a la vela, abandonando el Cabo Bojador que él había tenido la honra de traspasar treinta años antes que los navegantes portugueses.

Durante la navegación de la costa africana a Gran Canaria, el viento separó las tres embarcaciones. Una llegó a Fuerteventura, otra a la isla de la Palma; pero al fin todas se reunieron en el punto convenido.

La Gran Canaria medía veinte leguas de largo y doce de ancho; llana al Norte y montañosa al Sur, con bosques enteros de pinos, dragos, olivos, higueras y plátanos, y gran abundancia de abejas, cabras y perros salvajes. La tierra fácil de labrar, producía anualmente dos cosechas de trigo.

Después de efectuado el desembarco, pensó Juan de Bethencourt en conquistar el país. Desgraciadamente sus guerreros normandos estaban muy orgullosos de su expedición a África y se vanagloriaban de poder conquistar con veinte hombres solamente toda la Gran Canaria y sus diez mil indígenas. El barón, viéndolos tan orgullosos, les recomendó mucha prudencia, pero no le hacían caso y les costó bien caro. En efecto, en una escaramuza, durante la cual comenzaron llevando la ventaja sobre los indígenas, se desbandaron y fueron sorprendidos por los isleños

que asesinarōn a veintidós, entre los que se hallaron a Juan Courtois y Annibal, el bastardo de Gadifer.

Después de este desgraciado encuentro, el barón dejó la Gran Canaria para ir a someter la isla de la Palma. Los palmeros eran muy diestros para tirar piedras y raramente dejaban de hacer blanco; así fué que, en repetidos combates, hubo bastantes muertos de ambos lados, aunque siempre más indígenas que normandos, de los que sólo murieron cien.

XII

Después de seis semanas de escaramuzas, el barón dejó la isla de la Palma y fué a pasar tres meses a la del Hierro, isla de siete leguas de largo por cinco de ancho y que afecta la forma de una media luna. Su suelo es elevado y le dan sombra grandes bosques de pinos y de laureles. Los vapores, detenidos por sus altas montañas humedecen el suelo y lo hacen apropiado para el cultivo del trigo y de la viña. Es abundante en caza, y los cerdos, las cabras y las ovejas recorren

los campos en compañía de grandes lagartos del tamaño de las iguanas de América. En cuanto a los habitantes del país, hombres y mujeres eran muy hermosos, alegres, sanos y ágiles, bien proporcionados y muy aficionados al matrimonio. En suma, esta isla del Hierro era una de las más bellas del Archipiélago.

El barón de Bethencourt, después de haber conquistado las islas del Hierro y la Palma, regresó a Fuerteventura con sus navíos. Esta isla, de diez y siete leguas de largo por ocho de ancho, está formada de llanuras y montañas. Sin embargo, su suelo es menos accidentado que el de las otras islas del Archipiélago. Grandes corrientes de agua dulce brotan bajo magníficos bosques; los euforbios de jugo lechoso y áspero, proporcionan un veneno activo, y abundan también palmeras de dátil, olivos y otros árboles, sobre todo una planta tintórea cuyo cultivo sería extraordinario y productivo. La costa de Fuerteventura no ofrece buenos puertos para grandes navíos, pero sí abrigo para los pequeños.

En esta isla fué donde el barón comenzó a hacer repartos entre sus colonos, y los hizo con tanta equidad que todos quedaron satisfechos con sus lotes. Los compañeros que

había llevado consigo debían quedar exentos de tributos por espacio de nueve años.

La cuestión de religión y de administración religiosa no podía ser indiferente a un hombre tan piadoso como el barón; así fué que resolvió dirigirse a Roma a fin de obtener para este país un prelado obispo que «organizara y diera esplendor a la fé católica». Pero, antes de partir, nombró a su sobrino Maciot de Bethencourt, gobernador de todas las islas, poniendo a sus órdenes dos sargentos encargados de la administración de justicia. Ordenó, además que, dos veces al año, se le mandasen noticias a Normandía, y que los productos de Lanzarote y Fuerteventura se empleasen en la construcción de dos iglesias.

Y dijo a su sobrino: «Además, os doy plenos poderes y autoridad para que en todas las cosas que juzgueis provechosas y honradas ordeneis y hagais cumplir, salvando ante todo mi honor; y os encargo que, en cuanto os sea posible, sigais las costumbres de Francia y de Normandía; es decir, en justicia y lo que creais deba imitarse. También os suplico y encargo que procureis mantener a todo trance la paz y la unión, que os améis todos como hermanos, y que, especialmente entre vosotros los nobles, no os tengais envidia. A

todos os he señalado vuestra propiedad: el
país es extenso; favoreceos siempre mutua-
mente. Nada más tengo que deciros, sino que
vivais en paz y que todo marche bien.»

XIII

Bethencourt permaneció aún tres meses en Fuerteventura y en las demás islas. Montado en su mula recorría el país conversando con los indígenas que ya comenzaban a hablar la lengua normanda. Maciot y otros caballeros le acompañaban y él les indicaba lo que debían hacer y las medidas honradas que debían tomar. Cuando hubo explorado minuciosamente el Archipiélago que había conquistado, hizo anunciar que partiría para Roma el 15 de Diciembre de aquel mismo año.

De regreso a Lanzarote, permaneció allí hasta su partida. Entonces ordenó a todos los caballeros que había llevado consigo, a sus obreros y a los tres reyes canarios que se

reuniesen en su presencia dos días antes de su marcha a fin de manifestarles su voluntad y de encomendarlos a Dios.

Nadie faltó al llamamiento. El barón los recibió a todos en la fortaleza de Lanzarote y los trató suntuosamente. Terminada la comida subió a una tribuna y repitió sus recomendaciones concernientes a la obediencia que todos debían a su sobrino Maciot, a la obligación en que estaban de darle el quinto de sus rentas, al ejercicio de los deberes de cristianos y al amor de Dios. Después eligió los que debían acompañarle a Roma y se dispuso a partir.

Apenas estuvo aparejado el navío que había de conducirlos comenzaron los llantos. Europeos y canarios lloraban la partida de aquel «justo señor» que creían no volver a ver. Gran número de entre ellos penetraron en el mar y hasta trataron de sujetar el barco. Mas las velas estaban izadas y el barón se iba. «¡Dios quiera preservarlo de todo mal!».

A los siete días llegó el barón a Sevilla. De allí fué a Valladolid a ver al rey, que le acogió con gran benevolencia. Refirió la historia de la conquista al rey de España y le pidió cartas de recomendación para el Papa, a fin de obtener la creación de un obispado en

las islas Canarias. El rey, después de obsequiarlo espléndidamente y colmarlo de presentes le dió las cartas que solicitaba, y el barón de Bethencourt partió para Roma con un brillante séquito.

En la ciudad Eterna se detuvo tres semanas. Fué admitido a besar los pies al Papa Inocencio VII, que le felicitó por haber conquistado tantos canarios a la fe católica, elogiando el valor de que había dado pruebas al emprender aquella conquista tan lejos de Francia. Después le concedió las bulas que solicitaba y Alberto de Maisons fué nombrado obispo de todas las islas Canarias. En fin, el barón se despidió del Papa obteniendo antes su bendición.

El nuevo prelado se despidió también de Juan de Bethencourt y partió inmediatamente para su diócesis. Pasó por España, con objeto de entregar al rey las cartas que llevaba del barón, y se embarcó para Fuerteventura adonde llegó sin ninguna dificultad. Maciot, que había sido creado caballero, le recibió con gran agasajo y el obispo organizó inmediatamente su diócesis, gobernando con esmero y benignamente, predicando con frecuencia, tan pronto en una isla como en otra, e instituyendo en la plática de su iglesia oraciones especiales por Juan de Bethencourt. Maciot

era querido de todos y especialmente de la gente del país; pero verdad es también que aquel hermoso período sólo duró cinco años, pues más tarde Maciot, embriagado en el ejercicio del poder, entró en la vía de las exacciones y fué arrojado del país.

Entre tanto, el barón había salido de Roma en otra dirección que el obispo; pasó por Florencia y por París; y llegó a Bethencourt donde muchos señores del país fueron a visitar en su persona al rey de las Canarias. Es inútil referir los festejos con que le recibieron, y, si mucha gente había ido a visitarle la primera vez que volvía de las islas, entonces fué mucha más.

El barón de Bethencourt, ya anciano, se instaló en Grainville con su mujer, aún joven y bella. Recibía con frecuencia noticias de sus hermosas islas y de su sobrino Maciot, y siempre soñaba con volver a su reino de Canarias; pero Dios no le concedió tal gracia.

A fines del año 1425 cayó enfermo el barón en su castillo, y todos comprendieron que se moría. Hizo su testamento; recibió los sacramentos de la Iglesia, «y pasó de este mundo al otro. Quiera Dios perdonarle sus culpas». Está enterrado en la iglesia de Grainville-la-Teinturière, delante del altar mayor.

Elogio de Bethencourt, por Viera y Clavijo

Las islas Canarias pueden bendecir al que les dió un conquistador adornado de tan ilustres cualidades. Cuando solo volvían a ser conocidas de la Europa en un siglo todavía bárbaro como víctima o juguete de sus piratas y aventureros, y cuando iban perdiendo el brillante epíteto de «Afortunadas» para merecer otro diferente, quiso la Providencia sacar del fondo de la Normandía un hombre que debía empezar a conquistarlas, hasta hacerse su primer dueño.

Por cualquier parte que se miré parece grande Juan de Bethencourt. Su prudencia, su valor, su afabilidad, su destreza en manejar los espíritus y ganarse los corazones más salvajes, su ilustre calidad y aun su misma patria, parece que conspiraron a hacerle glorioso. Normandía, que había sido siempre un país muy fecundo en héroes y como el taller de conquistadores felices, pues había dado a la Inglaterra un Guillermo el Grande, y a las dos Sicilias toda la familia de Tancredo de Nauteville, tenía también derecho, digámoslo así, a dar un conquistador a las Canarias.

Era éste un hombre del nacimiento más distinguido en su patria y cuya casa era de una nobleza muy antigua y calificada, pues ya desde 1067 se había dado a conocer en la conquista de Inglaterra un «Butecourt», ascendiente suyo, Gentilhombre del Duque de Normandía, Guillermo el Bastardo.

La naturaleza le había dotado de disposiciones sobresalientes. A una fisonomía varonil, a unos pensamientos elevados, a un corazón impetuoso, firme y resuelto, a un genio dulce y tolerante, se le agregó el gusto a las hazañas caballerescas, que era el espíritu de su edad, y este mismo gusto fué la pasión dominante que le sacó de Normandía y le trajo

a hacer la conquista de las Canarias. Esta determinación por sí sola es acaso la mayor acción de su vida.

Juan de Bethencourt había comenzado sus aventuras en el mar bajo los auspicios del almirante Juan de Vienne, su primo; pero muerto éste, se vió abandonada de nuevo la marina francesa, y Bethencourt, para continuar sus correrías y seguir en sus descubrimientos, tuvo que recurrir, para rubor de Francia, a una potencia extranjera. Descubrió las islas Canarias en 1402 con el auxilio de Enrique III de Castilla, que le nombró soberano de ellas, con título de rey, bajo la condición de rendir homenaje a la corona de Castilla.

La empresa era muy ardua, y Bethencourt se hallaba sin tesoro, sin tropa, sin marina y por consiguiente sin poder. Las islas Canarias no estaban tan abandonadas que quisiesen entregarse pacíficamente al primer ocupante, y los príncipes españoles las contaban entre sus posesiones aun sin haberlas sometido a sus armas.

¿No parecía temeridad aspirar a aquella conquista? Sin embargo, pudiera decirse que ningún general hubiera adelantado igual proyecto con mejores preparativos, ni subsidios más poderosos. La magnanimidad, la expe-

riencia, el valor, y demás virtudes militares hacían el fondo de sus fuerzas. Sabía que las Canarias estaban ya débiles, y casi miraba los piratas que las habían saqueado como unas tropas avanzadas de su ejército. Sabía que los bárbaros indígenas, aunque naturalmente fieros y valerosos, eran siempre inferiores a cualquier puñado de europeos bien armados y disciplinados. Sabía, en fin, que los reyes de Castilla, embarazados en su propio país con los moros, favorecían y seguirían con gusto semejantes designios. En esta inteligencia no dudó empeñar las rentas de su casa, juntó sus amigos, rindió vasallaje a aquellos soberanos, y vemos que conquistó cuatro islas, parte con la habilidad y parte con la la fuerza.

Lo que verdaderamente pone a Juan de Bethencourt sobre todos los conquistadores de estas tierras occidentales, es el uso que hizo de sus victorias. Esta es la mejor parte de nuestra historia, y la faz por donde nos debe parecer aquél un hombre extraordinario para su siglo. Observar los tratados con los príncipes isleños; no hacer ostentación de modales duros y altivos; respetar el derecho natural y de las gentes; recibir a los rendidos con entera benignidad; procurar fuesen instruídos en la verdadera religión; aligerarles

el nuevo yugo de su imperio como cubriéndoles de flores; darles tierras para su subsistencia, y considerarse, en fin, como verdadero protector y padre común de aquellos infelices; todas estas eran unas virtudes que no conocieron cabalmente sus sucesoras, en la serie de las conquistas de nuestras islas y aún más allá.

Es verdad que la condescendencia que tuvo en la esclavitud de muchos de estos naturales, y el haber faltado a la palabra de seguridad que había prometido al rey del Hierro, no tendrán lugar en su elogio; pero ésta fué su falta, y un conquistador jamás deja de cometerlas grandes. Asimismo, aquella indiscreta autoridad de que revistió a Bertín de Berneval en la expedición, y que abrió camino a la conjuración más execrable; aquella desconfianza en que su modo reservado e independiente de proceder, hizo entrar a su asociado Gadifer de la Salle, a quien tanto debieron estas conquistas, parecen las sombras del cuadro de su vida, y sólo pudieran suavizarlas las luces con que la religión rayó en el fondo de su alma. Casi el mismo día que subyugaba un isleño, procuraba catequizarle y bautizarle. Las iglesias de Santa María de Bethancuria, en Fuerteventura, y de San Marcial de Rubicón, en Lanzarote; su pere-

grinación a Roma, únicamente a solicitar un obispo; sus mismos discursos, y la serie de todas sus acciones ¿qué otra cosa anunciaban sino que el verdadero carácter de nuestro héroe era el de su siglo, esto es, el valor y la piedad?

De todos modos, debe su memoria ser eterna en nuestras islas, y su nombre tan repetido en algunas familias que se honran en casi todas las Canarias con el apellido de Bethencourt, tiene derecho a sonar agradablemente en los oídos de sus habitantes.

